

EL PUENTE DE CALDERÓN.

I

Unas lomas escarpadas
 cerrando el Norte y el Este;
 un riachuelo (*) tortuoso
 destrenzando su corriente
 al pie de rocas enormes,
 puntiagudas, que se yerguen
 como guardianes adustos
 de inmensos valles estériles;
 humildes chozas clavadas
 en la rojiza pendiente
 sombrada de casahuates
 garambullos y mañueyes;
 pequeños hatos de cabras
 rumiando el retoño verde
 de mezquites y granjenos,
 y de huizaches hirientes;
 grandes bandadas de tordos
 cual nubes negras cerniéndose
 sobre los rastrojos secos
 que embalsaman el ambiente;
 por los estrechos huamiles
 con paso tardo las reses
 descendiendo á la cañada
 á buscar alguna fuente,
 y hacia el Sur, en la llanura,
 sobre el riachuelo que duerme
 dos pasamanos pequeños
 á ambos lados de un puente:

(*) Calderón, río pequeño que atraviesa de Sur á Norte aquellas lomas, en una extensión aproximada de tres kilómetros.—N. A.

eso era Calderón, (*)
 de Enero el día diecisiete
 de mil ochocientos once,
 al resonar prepotentes
 las descargas espantosas,
 los estallidos de muerte
 de la hispana artillería
 y cañones insurgentes.

II

Amanecía; y la aurora
 derramaba luz tan tenue,
 que los árboles del valle
 y del río los ahuehetes
 semejaban escuadrones
 de monstruos, sobre corceles
 alados como las hidras
 que los cuentos nos refieren.
 Soplabá un aire glacial
 tan áspero é inclemente
 que arrasaba la campiña
 con sus ráfagas alevés,
 y rugiendo en los barrancos
 y en las peñas retorciéndose,
 bramaba como pantera,
 silbaba como serpiente.
 De pronto, desde la cima
 de aquellas lomas agrestes,
 oyóse de los clarines
 la música enardeciente,
 y, monstruoso, dilatado,
 como el flujo que se extiende
 bañando el negro confín
 de algún ancho continente,
 un ejército surgió.

(*) Campo escogido por Allende y Abasolo para esperar á Calleja que se acercaba á Guadalajara por el rumbo del Bajío.—N. A.

CAPÍTULO
 PRIMERO
 LA GUERRA DE
 LOS DIEZ AÑOS

masa confusa de seres,
 cubriendo montes y llanos
 con sus banderas y trenes:
 más de noventa cañones (*)
 en los riscos descubriéndose
 dorados con el fulgor
 que cabrilleaba en el Este,
 y en la cúspide sombría,
 arrogantes, imponentes,
 domando briosos caballos
 los capitanes rebeldes.

III

Más allá, tras la llanura
 que espira junto al riachuelo,
 tres columnas aparecen
 de guerreadores iberos.
 Soberbia caballería
 destácase protegiendo
 los flancos de aquella nube
 relampagueante de acero;
 y á su frente, diez cañones
 mortíferos y ligeros,
 caminar á vomitar
 sus cataratas de hierro.
 Son las tropas de Calleja
 que avanzan hacia los cerros

(*) La mayor parte de esa artillería fué traída de San Blas, significando su transporte uno de los episodios más bellos y conmovedores de aquella época de abnegación y patriotismo: allí el hombre, sin los recursos de la ciencia, luchó con la Naturaleza más bravia en el largo trayecto de cien leguas, cargando en hombros aquellas pesadas máquinas de guerra, y, como dice don Carlos M. Bustamante, "regando materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo."—N. A.

á atacar las baterías
 del ejército insurrecto:

Flon se arroja por la izquierda (1)
 con tal ímpetu y denuedo
 que logra pasar el río
 lanzando gritos guerreros.
 Abasolo (2) le recibe
 y es el choque tan sangriento
 que el campo todo se cubre
 con los heridos y muertos.
 Al frente, desde las lomas
 disparan todos los cuerpos
 que á las órdenes pelean
 de Torres (3) bravo y sereno

(1) "Calleja dispuso que don Manuel Flon, "Conde de la Cadena, acometiese por la izquierda; don Manuel Emparán por la derecha y don José María Jalón por el centro; en tanto que él (Calleja) se quedaba "con las reservas, para ocurrir á donde conviniera."—Dr. Mora.

(2) Abasolo recibió órdenes de Allende para que con una gruesa división se situara al pie de las lomas y disputase á los realistas el paso del Puente.—N. A.

(3) Don José Antonio Torres, el adalid que hizo ondear sobre las torres de Guadalupe el sacrosanto lábaro de la Independencia, fué ajusticiado en aquella plaza el 23 de Mayo de 1812, después de pasearlo, por escarnio, en una carreta, por las calles de la misma ciudad. Su sentencia la firmaron don Juan J. de Sousa y Viana, don Francisco Antonio de Velasco, don Manuel García de Quevedo y don Domingo María Gárate, influenciados por el odio mortal que hacia el héroe sentía el comandante militar de la Nueva Galicia, don José de la Cruz, cuya saña de tigre llegó hasta el extremo de mandar descuartizar el cadáver del mártir, clavando sus miembros venerandos en los puntos más concurridos de la ciudad.—N. A.

y su enorme batería (*)
 hace fuego tan certero
 que el Conde de la Cadena
 es rechazado y envuelto.
 Los dragones de San Luis
 y los de Puebla y Querétaro
 acuden en su defensa
 formando dos regimientos;
 pero las tropas de Torres
 á los llanos descendiendo
 los arrollan y persiguen
 hasta sus últimos puestos.
 Vuela en persona Calleja
 mandando sus Granaderos,
 el Batallón de Patriotas,
 de Frontera el Regimiento
 y de Río Verde también
 el cuerpo de Escopeteros;
 y abalanzándose al puente
 en un empuje tremendo,
 va á cruzar sus bayonetas
 con los bravos insurrectos.
 Viendo Allende ese aluvión,
 manda en el acto refuerzos
 que disputen con su sangre
 palmo á palmo aquel terreno:
 y tras de horrible luchar
 desesperado y cruento,
 Calleja abandona el Puente,

(*) Allende, que dirigió en jefe esta batalla, apoyó su defensa estableciendo tres baterías: la principal, situada en la loma que ve al Puente, se componía de 67 cañones, y la defendía el grueso del ejército á las órdenes de Torres; á la izquierda de ésta, se encontraba la segunda, con 12 cañones, á las órdenes de Aldama; y pasando el río, en una altura que se extiende de Oriente á Poniente, se hallaba la tercera, con 7 cañones, á las órdenes de Portugal.—N. A.

desesperado y corriendo. (*)
 En tanto, por la derecha,
 Jalón, que mandaba el centro,
 va en socorro de Emparán
 que se encontraba maltrecho.
 Portugal y el bravo Aldama
 pronto sálenle al encuentro,
 y en las rocas y declives
 bregan y luchan cual buenos.

IV.

Ya el astro de la victoria
 sus fulgores derramaba
 sobre el pendón que lucía
 la hermosa Virgen Indiana.
 cuando súbito cayó
 terrorífica granada
 sobre los carros de parque
 de las tropas mexicanas:
 un horroroso estampido
 hizo temblar la montaña,
 cual si con furia un volcán
 dentro su seno bramara;
 y en el espacio torciéndose
 gigantesca llamarada,
 el seco pasto incendió
 que en las laderas se alzaba.
 En ese instante aflictivo
 desató sus negras ráfagas
 un huracán espantoso
 que los árboles tronchaba:
 y con rigor infernal
 ondas purpúreas de llamas
 á la faz de los indianos

(*) "Retiráme del Puente porque tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición."—Parte de Calleja al virrey.

constantemente lanzaba.
 Calleja presto informöse
 de la ayuda inesperada
 que ciega Naturaleza
 en tal apuro le daba,
 y deseando aprovechar
 tan terrible circunstancia,
 todas sus fuerzas lanzó
 contra las huestes indianas.
 Aquellas masas enormes (1)
 de gente desharrapada,
 careciendo de instrucción (2)
 de disciplina y de armas, (3)

(1) De los noventa y seis mil insurgentés que asistieron á la batalla de Calderón, no excedían de siete mil los que estaban menos que medianamente instruidos y organizados.—N. A.

(2) "En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á organizar y disciplinar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres." Dr. Mora.

"La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellas, y en el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de 15,000 caballos."—Dr. Mora.

(3) "No llegaban á mil quinientos, viejos y recompuestos, los fusiles de los insurgentes, por lo que procedieron á la fabricación de pequeñas granadas para lanzarlas con hondas, y cohetes enormes con flechas ó pías agudas de hierro que se debían arrojar á la caballería."—Bustamante. Cuadro Histórico.

pronto sintieron el pánico
 y, huyendo á la desbandada,
 internáronse en la selva,
 perdiéronse en la montaña.
 En vano Allende intentó
 con unas fuerzas escasas
 contener el recio empuje
 de las columnas hispanas,
 tuvo en breve que ceder
 al número y á la táctica,
 emprendiendo poco á poco
 y en orden la retirada.

V

Estupefacto Calleja
 ante el triunfo inopinado
 que la fortuna le daba
 de Calderón en los campos;
 se abstuvo de perseguir
 á aquellos hombres tan bravos
 que aún en derrota infundían
 en su espíritu el espanto;
 sólo Flon el implacable
 como tigre sanguinario
 con su escolta se arriesgó
 tras de Allende y sus soldados.
 Al comprender el caudillo
 los intentos del hispano,
 dió media vuelta y cayó
 sobre ellos como rayo:
 el Conde de la Cadena
 mordió los rojos peñascos,
 que, cual guardianes adustos,
 velaban aquellos campos;
 é iracundos los indígenas,
 su cadáver pisotearon,
 recordando la barbarie
 de aquel hombre en Guanajuato

En tanto la noche hundía
entre sus sombras arcanas,
los harapos y banderas
de la hueste americana:
y extendiendo por los vientos,
y rasgado por las balas,
magnífico y arrogante
con honor se retiraba
el pendón en que lucía
la hermosa Virgen Indiana.

XI

HIDALGO EN EL DESIERTO.

Viendo al Norte, cual marino
que zozobra entre los mares,
cruza el indiano caudillo (*)
por agrestes soledades.
Le acompaña ingente turba
con sus coches y bagajes
que asemejan de ancho río
los tumultuosos raudales.
¿Qué destino, ó quién dispuso
que en las arenas enclave

(*) Después del desastre de Calderón, reunieron los jefes insurgentes en la hacienda del "Pabellón," cerca de Zacatecas, y allí, en conferencia solemne, Hidalgo entregó á Allende el mando en jefe de las tropas revolucionarias; conviniendo, además, en dirigirse inmediatamente rumbo á los Estados Unidos del Norte, para hacerse de armamento y gestionar cerca de aquella nación el reconocimiento de la Independencia Mexicana.—N. A.

lúgubres tiendas un pueblo
que busca sus libertades?
¡La adversidad le ha negado
la victoria en los combates,
y le espera la agonía
de las noches invernales....!
Bajo un cielo siempre obscuro
de tristísimos celajes,
va á encender sus luminarias
y á levantar sus altares,
altares de peregrino,
fogatas de caminante
que se aleja á tierra ignota
á buscar sus libertades:
Por eso marchan al Norte
Hidalgo y sus capitanes
desafiando la inclemencia
de espantosas soledades;
pero un monstruo más horrendo,
y en sus iras, implacable,
les aguarda á poco andar
con ansia de devorarles.
La traición más horrorosa,
más inicua, abominable,
tuvo por teatro sombrío
aquellos tristes lugares.
Elizondo, (*) cuyo nombre
causa horror á las edades,
fué el fatídico instrumento
de manejos detestables...

¡El anciano sin mancilla,
el creador de heroicidades

(*) En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo de 1811, un tal Elizondo, jefe insurgente vendido al gobierno virreinal, capturó, en Acatita de Baján, á Hidalgo y demás jefes que lo acompañaban. Condujolos á Monclova y de allí á Chihuahua en donde hicieron su entrada el 25 de Abril.

allí cautivo quedó
de las tropas virreinales....!
Allende, el sin par Allende,
impetuoso y arrogante
su revólver disparó
sobre el rostro del infame;
pero en vano, allí el destino,
duro y cruel, incontrastable,
señalaba el ¡hasta aquí!
de patriotas sin iguales.

 XII

 EL PATIBULO.

I

Sollozantes las campanas
de Chihuahua, allá á lo lejos
mandan sus roncós clamores,
envían sus tristes lamentos:
parecen de almas en pena
los quejidos lastimeros,
esas voces que del monte
los ecos van repitiendo.
Trémula luz matutina,
vacilante en sus reflejos,
va muriéndose en la sombra
de nubarrones espesos:
y cual cirio entre crespones,
lúgubres galas de muerto,
deja ver sobre la bruma
pálido sol sus destellos.
La neblina se hace densa,
y, su mortaja extendiendo,
ciñe cúpulas y torres.
cubre campiñas y cerros.

Las avcillas se asustan,
y en su terror, vuelan lejos,
de Chihuahua y sus jardines,
de Chihuahua y sus desiertos.
Las arboledas umbrías
callan, atentas oyendo
el doblar de las campanas
de los lejanos conventos;
y en las alas de la brisa,
y en el rumor de los céfiros
gimen los roncós clarines.
lloran los parches guerreros.
¿Qué dice, ó qué significa
esa aflicción, ese duelo
que presenta la Natura
y se descubre en el pueblo
que cual las olas del mar,
choca en los muros espesos
de un edificio sombrío,
antiquísimo y enhiesto?
¿Qué expresa el hondo gemir
de las auras y 'os vientos,
y esa queja dolorida
de fuentes y de arroyuelos?
¿Por qué lloran las campanas,
y por qué tocando á muerto
arrancan del corazón
desgarradores lamentos?
La justicia de los hombres
defendiendo los derechos
que la conquista otorgara
á audaces aventureros,
ha sentenciado á morir
al varón augustó, excelso,
que lograra conmovér
ocho millones de siervos;
y después de torturar
su noble espíritu inmenso,
atribuyéndole viles
retractaciones y miedo

que tendían á obscurecer
de su causa lo sincero,
la Inquisición lo entregaba
á aquel terrible gobierno
que, regido por Venegas,
despótico y altanero,
había jurado verter
la sangre del insurrecto.

II

¡Vedle ya cómo camina
con el semblante risueño
de los que abrigan una alma
colosal dentro del pecho!
Su ingente calma es mentís
á los procaces arteros
que intentarían empañar
con sus embustes perversos
la eterna gloria, el valor
de Caudillo tan excelso!
¡Vedlo ya con la dulzura
del sér simpático y bueno
ofrecer á sus verdugos
un regalo, y un recuerdo;
y al escuchar del tambor
los roncós sonos guerreros,
adelantarse al lugar
del sacrificio....!
¡Vedlo, en fin, arrodillarse
tranquilo, ocupando el centro
de cuadro que parpadea
con resplandores siniestros:
su mirada es anacible
de magestuosos destellos
y se clava en el azul
inmaculado del cielo:
escucha con atención,
con cariño y en silencio
las dulces exhortaciones



Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua.

CAPITULO
HISTORIA
MEXICANA

allí cautivo quedó
de las tropas virreinales.....!
Allende, el sin par Allende,
impetuoso y arrogante
su revólver disparó
sobre el rostro del infame;
pero en vano, allí el destino,
duro y cruel, incontrastable,
señalaba el ¡hasta aquí!
de patriotas sin iguales.

 XII

 EL PATIBULO.

I

Soslozantes las campanas
de Chihuahua, allá á lo lejos
mandan sus roncós clamores,
envían sus tristes lamentos:
parecen de almas en pena
los quejidos lastimeros,
esas voces que del monte
los ecos van repitiendo.
Trémula luz matutina,
vacilante en sus reflejos,
va muriéndose en la sombra
de nubarrones espesos:
y cual cirio entre crespones,
lúgubres galas de muerto,
deja ver sobre la bruma
pálido sol sus destellos.
La neblina se hace densa,
y, su mortaja extendiendo,
ciñe cúpulas y torres.
cubre campiñas y cerros.

Las avcillas se asustan,
y en su terror, vuelan lejos,
de Chihuahua y sus jardines,
de Chihuahua y sus desiertos.
Las arboledas umbrias
callan, atentas oyendo
el doblar de las campanas
de los lejanos conventos;
y en las alas de la brisa,
y en el rumor de los céfiros
gimen los roncós clarines.
Lloran los parches guerreros.
¿Qué dice, ó qué significa
esa aflicción, ese duelo
que presenta la Natura
y se descubre en el pueblo
que cual las olas del mar,
choca en los muros espesos
de un edificio sombrío,
antiquísimo y enhiesto?
¿Qué expresa el hondo gemir
de las auras y 'os vientos,
y esa queja dolorida
de fuentes y de arroyuelos?
¿Por qué lloran las campanas,
y por qué tocando á muerto
arrancan del corazón
desgarradores lamentos?
La justicia de los hombres
defendiendo los derechos
que la conquista otorgara
á audaces aventureros,
ha sentenciado á morir
al varón augusto, excelso,
que lograra conmovier
ocho millones de siervos;
y después de torturar
su noble espíritu inmenso,
atribuyéndole viles
retractaciones y miedo

que tendían á obscurecer
de su causa lo sincero,
la Inquisición lo entregaba
á aquel terrible gobierno
que, regido por Venegas,
despótico y altanero,
había jurado verter
la sangre del insurrecto.

II

¡Vedle ya cómo camina
con el semblante risueño
de los que abrigan una alma
colosal dentro del pecho!
Su ingente calma es mentís
á los procaces arteros
que intentarían empañar
con sus embustes perversos
la eterna gloria, el valor
de Caudillo tan excelso!
¡Vedlo ya con la dulzura
del sér simpático y bueno
ofrecer á sus verdugos
un regalo, y un recuerdo;
y al escuchar del tambor
los roncós sonos guerreros,
adelantarse al lugar
del sacrificio sangriento....!
¡Vedlo, en fin, arrodillarse
tranquilo, ocupando el centro
de cuadro que parpadea
con resplandores siniestros:
su mirada es anacible
de magestuosos destellos
y se clava en el azul
inmaculado del cielo:
escucha con atención,
con cariño y en silencio
las dulces exhortaciones



Fusilamiento de Hidalgo en Chihuahua.

CAPILLA DE SAN JUAN DE LOS RIOS
CHIHUAHUA

de sacerdote discreto.
 Y al fulgurar imponente
 la espada que ordena ¡fuego!
 se derrumba noble y digno
 sin proferir un lamento;
 sólo en sus labios palpita
 el suspiro postrimero
 que va hasta Dios demandando
 la Independencia de México.

XIII

APOTEOSIS.

No satisfecho el rencor
 de aquellos hombres infames
 con derramar de los héroes
 la noble y bendita sangre,
 les cortaron las cabezas,
 y, con odio de salvajes,
 dejáronlas insepultas...
 ¡desalmados! ¡miserables!
 Y para colmo de escarnio,
 de ignominia y de maldades,
 las colocaron en jaulas
 de negro hierro punzante;
 y en un castillo sombrío
 de paredones feudales,
 colgáronlas para espanto
 de venideras edades.
 ¡Hidalgo, Allende, Jiménez
 y Aldama, sublimes mártires,
 esas jaulas oprobiosas
 hánse trocado en altares,
 á cuyos pies todo un mundo
 prorrumpe en cantos triunfales

de gloria y de gratitud
 á vuestros hechos gigantes;
 y en el curso de los tiempos,
 y al volar de las edades,
 siempre os darán los poetas
 sus más hermosos cantares.....!



MORELOS

I

EL JURAMENTO DE UN HEROE.

I

Es de noche, y en las selvas
 del abrupto Veladero,
 percibense los rumores
 que al andar van produciendo
 los infantes y caballos
 de un valeroso insurrecto.

Densas nubes encapotan
 los lindes del ancho cielo,
 y sólo de cuando en cuando
 su belleza descubriendo
 la luna, la nívea luna,
 marca el angosto sendero.

Los árboles se doblegan
 con los alazos del viento;
 y en el fondo inextricable
 de matorrales y setos
 se escucha de los leopardos
 el resoplido siniestro.

Las lechuzas en las ramas
 mueven los ojos inquietos
 atisbando á los que rompen
 la eterna calma, el sosiego

CAPÍTULO I
 EL JURAMENTO DE UN HEROE

de aquella virgen natura,
de aquel boscaje desierto.

II

Cuando los fantasmas llegan
que tal parecen por cierto
al lugar más escondido,
al paraje más escueto,
resuena la voz de "alto"
que obedecen al momento.

Erguido como alto roble,
robusto cual un abeto,
se adelanta majestuoso
el jefe de los guerreros;
y rebasando la cima
de aquellos picos enhiestos,
se detiene á contemplar
los horizontes inmensos.

¿Qué descubre su mirada?
¿Qué adivina allá á los lejos?
Es un monstruo que aparece
llenando el confín incierto
con su espinazo de nieblas
y su bramar sempiterno;
furibundo se estremece,
y en hostil sacudimiento
quiere ahogar á las estrellas,
quiere lanzarse hasta el cielo.

Sobre su lomo retumba
del huracán el flagelo,
cabalgan las tempestades
con horrisono serpeo;
mas dominando el fragor
de relámpagos y truenos,
se oye la voz poderosa,
se oye la voz del guerrero
que increpando á la fortuna
tan adversa á sus anhelos

jura jamás envainar
avergonzado su acero
mientras estruje á la patria,
mientras profane su suelo
la maldad de los hispanos,
la ambición de los iberos.

III

¿Quién es el ser singular
quién es el hombre sin miedo
que acercándose hasta el mar
en las alas de su genio
va con su espada á tocar
la puerta de un monumento
que el despotismo feudal
llenó de pólvora y hierro?

¿Quién es que jura luchar
hasta el último momento
por su patria y por su hogar
contra el audaz extranjero?

Nació en la linda ciudad
que arrulla dulces ensueños
velada por un titán
denominado "Quinceo."

Lo más bello de su edad
pasó cruzando los cerros,
la espesura virginal
del Sur ardiente de México;
y allá en el ancho palmar,
bajo exúberos mangueros,
al rugir el huracán
doblando pinos y cedros,
comprendió la libertad
en la aspereza del viento.

Hablóle de ella el turpial
desde el alto cocotero.
la guacaya locuaz
y los gorriones parleros.

Contemplóla en el cristal
del escondido arroyuelo
que libre va á fecundar
las entrañas del desierto;
en la lumbre sideral,
en los pálidos reflejos
que discurren sin cesa-
la extensión del firmamento.
Tradújola en el bramar
de los leones sedientos
disputando un manantial
entre "cayacos" y ceibos.

Aprendióla al restallar
el oleaje violento
sobre el agrio peñascal
de los morros gigantescos.

Y escuchando en el volcán (*)
de horrible cráter sangriento
el plutónico roncar
y los herboseros siniestros,
palpó la lucha tenaz,
sintió el empuje tremendo
que es constante y natural
en las cosas y en los pueblos.

Y después de abandonar
los encantos del desierto,
buscó en el templo un fanal
arrastrado por su tiempo;
y allí en horas de solaz
á los clásicos leyendo,
libó el jugoso panal
de Cicerón y de Alceo;
y en su patriótico afán,
gratos y dulces anhelos,
soñó en la tierra inmortal
de los romanos y griegos:
pero vano delirar,
doquier miraba un espectro

(*) Popocatepetl.

que con segur infernal
tronchaba vidas sin cuento.

IV

Tres meses han trascurrido
desde que en un lugarejo (*)
cercano á Valladolid,
verificóse un encuentro
que de hazañas y de glorias
fué un manantial, un venero.

Vivaqueaba á la sazón
en las afueras del pueblo
la muchedumbre confusa
del ejército insurrecto,
cuando el héroe de Dolores,
rodeado de subalternos,
escuchó las confidencias
de un presbítero viajero.

Era éste en sus maneras
algo rudo, un poco envuelto
pero en cambio, en su mirada,
relampagueaba del genio
la chispa que había de arder
como un volcán gigantesco.

Vestía las ropas talaras
y en la cabeza un pañuelo
velaba con su penumbra
un enérgico entrecejo.
Era su voz la tormenta
que en el azul percutiendo
rodaba como cascada
por el ancho campamento;
describía con entusiasmo
sus belicosos proyectos,
sus risueñas esperanzas
y sus ardientes deseos
de ver á la Patria libre

(*) S. Miguel Charo.

sin opresores ni dueños;
 recordaba el heroísmo
 de Cuauhtemoc el excelso,
 su bravura sin igual,
 su entereza y su denuedo;
 y electrizada su alma
 con el épico recuerdo
 de aquel monarca viril,
 de aquel ilustre guerrero;
 ansiaba verse en el campo
 de la lucha, combatiendo
 por vindicar de su raza
 los más sagrados derechos.

Conmovido el padre Hidalgo
 Allende y sus compañeros
 al oír aquel lenguaje
 tan persuasivo y sincero;
 no pudieron contener
 la admiración en sus pechos;
 ofreciéronle la mano,
 su amistad y sus afectos,
 en tanto que el alto Jefe,
 en un papel escribiendo,
 lo nombraba coronel
 del ejército Insurrecto.

—“Tomad, le dijo, y partid
 hacia el Sur, y pronto espero
 recibir la fausta nueva
 de que en la costa sintieron
 flamear cortante la espada
 “del invencible Morelos.”

V

Breves instantes después
 sólo, en humilde jamego,
 dirigiase á su curato
 el presbítero viajero,
 el bisoño coronel,
 que sin ningún elemento

iba á Acapulco á medir
 sus fuerzas con los iberos.

II

EL BAUTISMO DE SANGRE.

I.

Tendidos en la llanura
 y apoyándose en un monte,
 los insurgentes aprestan
 sus lanzas y sus bridones.

Al campo llegan jadeantes,
 los vigías y exploradores
 y anuncian que París viene
 con mil quinientos leones.
 Las avanzadas se pliegan
 y en la espesura se esconden
 para formarse en compacta
 columna de tiradores.

Morelos en briosa yegua
 el campo todo recorre
 animando á sus soldados
 á batir los españoles.

Sobre la cresta sombría
 de unos peñascos informes
 Galeana coloca á “El Niño”
 con todas sus dotaciones;
 y aguijoneando un corcel
 veloz como los condores,
 va á escuchar del general
 las breves disposiciones:
 éste á la cúspide monta
 de aquellas rocas enormes
 á investigar el espacio
 por donde espera que asome

la negra nube cargada
de elementos destructores.

II.

En tanto por el Oriente
despuntan los arreboles
y bañan de rosa y oro
los distantes horizontes.

Resuenan las armonías
de mil pájaros cantores
que al saludar á la autora
se despiden de la noche.
Al suspirar de la brisa
muévense plantas y flores
y el espacio se satura
de frescas emanaciones.
La plegaria matinal
que á Dios elevan los bosques,
tradúcese en el rumor
de los pinos y los robles.

III

Apenas un sol de fuego
se cierne sobre los montes
derrochando su caudal
de mágicos esplendores,
cuando Morelos descubre
surgir allá por el Norte
una inmensa polvareda
que oscurece el horizonte;
y cual si en alas viniese
de los fieros aquilones,
pronto llega, presto invade
la extensa llanura donde
serenos los insurgentes
aguardan tremendo el choque.

Indistintos y confusos
van llegando los rumores

como de hierros que chocan
y de caballos que corren;
y heridos por el fulgor
de igníferos resplandores
colúmbrase el centelleo
de fusiles y cañones.

Como una tromba se acercan
furiosos los españoles
á escarmentar á sablazos
á aquellos perturbadores
del orden y de las leyes,
que, "como maternos dones
dignárase España dar
en bien de estos moradores."

IV

Morelos baja impasible,
arenga á sus batallones,
y empuñando férrea lanza
á la vanguardia se pone;
le siguen entusiasmados
en negros potros veloces
Galeana con sus costeros
valientes como leones.

Comienza el ruido marcial
de clarines y tambores;
y al grito de ¡Viva América!
que exalta los corazones,
el jefe de los hispanos
con sus trompetas responde
lanzando á paso de carga
de hierro sus escuadrones.

Con la violencia del rayo
se encuentran los contendores,
se arróllan y se exterminan
á lanzadas y mandobles.
Por los aires vuelan trozos
de armaduras y morriones,
de miembros ensangrentados
horrorosos y deformes

La llanura se estremece,
 las montañas y los bosques,
 a' estallar las granadas
 y detonar los cañones;
 alaridos espantosos
 a' caer lanzan los hombres
 partidos por la metralla,
 deshechos por los bridones.

La tierra se inunda en sangre
 que ardiente á raudales corre,
 y de cadáveres se alzan
 terroríficos montones.

Morelos crece en la lucha,
 se prodiga, se antepone
 donde quiera que la muerte
 con su séquito de horrores
 más víctima, despedaza
 entre torturas atroces;
 y cual si fuése relámpago,
 vuela en todas direcciones
 ordenando movimientos
 que los realistas feroces
 no pueden menos que ver
 con espanto y con temblores.
 Tres veces lo han atacado
 con ímpetu de tifones
 los bizarros descendientes
 de los tercios españoles,
 y otras tantas, rechazados,
 en confusión y desórden,
 han mordido la aspereza
 de aquellos épicos montes;
 y al extinguirse en Ocaso
 los nítidos resplandores
 de aquél sol que presenciara
 tan gigantescas acciones,
 se retira el enemigo
 exhausto ya, sin vigores
 buscando donde alojar
 sus diezmados batallones.

Jonaltepec es el campo
 que en sus breñales esconde
 la retirada fugaz
 de las hispanas legiones.

Silencio profundo reina
 en todos sus alrededores
 que yacen entre la sombra
 de obscura y lluviosa noche;
 cuando súbito se escuchan
 terribles detonaciones
 que parten del fondo mismo
 de las arboledas, donde
 disfrutaban de dulce sueño
 los incautos españoles.

Trepida el cerro y el llano,
 incéndiase el horizonte,
 y fragorosas, vibrantes
 retumban claras las voces
 que gritan ¡viva Morelos!
 ¡Mueran los dominadores!

El pánico se apodera
 de infantes y de dragones
 que á la desbandada huyen
 sin rumbo fijo ni norte;
 el propio París revela
 tal terror en sus acciones,
 que, inconsciente, por Morelos
 pregunta á sus vencedores.

VI.

Prisioneros y tusiles,
 viveres, parque y cañones
 fueron el rico botín
 que dejaron esa noche
 en poder del gran Morelos
 de Castilla los leones.

III

EL FUERTE DE ACAPULCO.

I

Era una noche obscurísima,
 en hora muy avanzada,
 cuando Morelos llegó
 con sus tropas á la rampa
 de aquél soberbio castillo
 cuya mole gris, titánica,
 refléjase en el cristal
 de las purísimas aguas
 que de Acapulco acarician
 las costas embalsamadas.

Sobre el fondo de la noche
 la fortaleza se alzaba,
 como un pájaro monstruoso
 abriendo sus negras alas.

El silencio más profundo
 dentro y afuera reinaba,
 cual si en aquellos contornos
 alma alguna se encontrara;
 sólo el pausado rumor
 de las olas en la playa
 mansamente interrumpía
 de aquella noche la calma.

Llega el caudillo á la puerta
 seguido de Galeana;
 y á poco del interior
 por Morelos preguntaban;
 al oír la negativa
 por él mismo aconsejada,
 de roja luz se bañaron
 las torres y barbacanas.

El edificio tembló
 con el fragor de las armas,

y los cañones surgieron,
 y silbaron las granadas;
 y al redoblar con furor
 las mortíferas descargas,
 la hueste se desbandó
 que al caudillo acompañara;
 este, ceñudo, sombrío,
 con fiera contemplaba
 aquél cuadro aterrador,
 aquella horrible matanza;
 y al mirar que sus soldados,
 cobardes vuelven la espalda,
 á un angosto sendero
 indignado se adelanta;
 y derrumbándose allí,
 con voz iracunda clama:
 "Que pasen por este puente
 "los cobardes, la canalla,
 "que apenas oyen un tiro
 como liebres se amilanan."

Los fugitivos al ver
 pundonor y audacia tanta,
 retroceden, y á su jefe
 de la tierra lo levantan;
 y al escuchar el clarín
 que á sus puestos los reclama
 se forman para emprender
 con honor la retirada.

En tanto crece el rumor,
 de las olas en la playa,
 broncamente interrumpiendo
 de aquella noche la calma.

IV

LA TOMA DE TIXTLA.

I

Es un blanco amanecer,
de esos que sólo han visto
los que pasan su existencia
en el Trópico florido;
mañana linda y serena
de dulce esplendor y brillo,
de sonrientes armonías
como el lenguaje de un niño.

Brota el alma cual paloma
de alas núbicas y aureo pico,
y volando del Oriente,
de perlas y de zafiros
la senda alfombra del astro,
del astro su bien querido.

Canta el cielo, y en su clámide
que es de azul bello y tranquilo,
festones cuelgan de oro,
de púrpura y de jacinto.

Los campos ríen, y en su fabla
de rumores infinitos,
saludan al día que viene
y entonanle un epinicio.

II.

Gasa leve, inmaculada,
cual un cendal marfilino,
de la sierra va á posarse
sobre el blanco caserío
de Tixtla, el hermoso pueblo
que despierta á los vagidos

del céfiro que ha robado,
en sus incansables giros,
el blando aroma del cedro,
la rica esencia del pino.

Bandadas de cuilacoques
alegres dejan el nido,
y en el follaje desgranán
sus melancólicos himnos.
Las silvestres florecillas
que orgullo son del Estío,
abren con ansia su seno
de pasión estremecido,
al presentir las caricias
y los besos del rocío;
y mil hábitos emergen,
arrobadores, divinos,
que la atmósfera trasuntan
del Edén, del Paraíso.

Las fuentes murmuradoras,
los torrentes y los ríos
su eterna canción modulan
bajo la arcada de encino,
dentro los muros hojosos
del bosque austero y sombrío;
que allí donde la Natura,
de las frondas alza el ritmo,
más grandiosa es la armonía
del despertar matutino.

Mas turbando aquél concierto,
eschúchanse de improviso
de los clarines hispanos
los penetrantes tañidos;
lanzan el toque de alarma
y anuncian que el enemigo
está á la vista, y pretende,
temerario y decidido,
asaltar la población
á sangre, fuego y cuchillo.

III.

Sobre el despejado fondo,
de aquél cielo nacarino,
se yergue como baluarte
de un imponente castillo,
la mole vetusta y gris
de un campanario macizo;
al través de sus cornisas
y capiteles corintios,
arcabuces y mosquetes
fulguran con rojo brillo;
por sus ojivas angostas
y ventanales antiguos,
los grandes cañones muestran
su espantable poderío
y enfilando con sus bocas
las calles y los caminos,
esperan sólo que suene
de combate el fiero grito
para pronto vomitar
la muerte con sus rugidos.

Cerrando las bocacalles
se alzan trozos de granito,
montones de roja tierra
y gruesas vigas de pino;
y tras los densos reductos
conque se hallan defendidos
los cuarteles de Guevara,
de Fuentes y de Cosío,
los sables y bayonetas,
con fulgor adamantino,
se mueven como las olas
de mar inquieto y bravío.

IV.

En tanto que los de España
con su valor no mentido

se aprestan para la lucha
alborozados y listos;
en el campo independiente
la diana vibra y los himnos
que del pecho del soldado
acrecientan los latidos.

Fogosas caballerías
atruenan con sus relinchos
los fragosos altozanos
y los barrancos umbríos;
y al herir sus cascos férreos
los duros y ásperos riscos,
arrancan del pedernal
chispazos de fuego vivo.

La voz tonante se escucha
de Morelos el invicto
que dirige á sus guerreros
discurso breve y conciso:
—¡Camaradas!

Ha llegado

el momento decisivo
de probar á los iberos
cuánto valor y heroísmo
se encierran dentro del alma
del mexicano oprimido;
es ya tiempo que comprendan
y recordarles preciso,
que somos del gran Cuauhtémoc
los descendientes, los hijos;
y si él de guerreadores
fué un modelo, fué un prodigio,
nosotros imitaremos
su lealtad y su civismo.

Ha muchos años que somos
el escarnio y el ludibrio
de esos hombres desalmados
más crueles que los felinos,
que en su ignorancia y soberbia,
¡miserables! han creído

que nos falta la razón,
que nos guía el solo instinto.

Burlan á nuestras mujeres,
degradan á nuestros hijos,
y en las minas y en los campos
los azotan cual borricos.

Y ahí están, y nos esperan
cual tigres embravecidos,
soñando en rico festín
con la sangre de los indios.

Jactanciosos de su número,
buen armamento y equipo,
y que sus recursos son
numerosos, infinitos,
se juzgan invulnerables,
nos ven con tal pesimismo
cual si fuésemos pandilla
de soeces foragidos;
empero, su necio orgullo,
su insolencia y quiotismo,
los habremos de vencer
antes que el astro divino
vaya á hundirse en su sepulcro
de esmeraldas y zafiros

Como retumbos del mar
escucháronse los gritos
de las tropas insurgentes
aclamando á su caudillo

V

Una obscura nubecilla
manchando el cielo argentino,
se escapa de las trincheras
seguida de un estampido:
es el primer cañonazo,
saludo ronco y sombrío,
que las huestes virreinales,
encarándose al destino,

disparan sobre Morelos
en señal de desafío;
y cual si fuera un conjuro
de matanza y exterminio,
los cañones insurgentes
contestan con sus rugidos,
lanzando plomo á torrentes
y de fuego un torbellino.

De un campo al otro se cruzan
con horrisono silbido,
los cascos de las granadas,
que al reventar en añicos,
montones hacen de muertos,
de contusos y de heridos.

Los españoles se batan
con el valor desmedido
que mostraron sus abuelos
luchando con los moriscos;
y á la memoria se vienen
grandes nombres y apellidos
de Anglesolas y Guzmanes,
de Moncañas y Rodrigos;
y á la voz de los recuerdos
de aquellos tiempos huidos,
responde el Gran Capitán
en los campos granadinos.

Pero, ¡ay!, ahora luchan
con el hombre de quien dijo
el vencedor de Marengo:
que si lo hubiera tenido
á su lado en las llanuras
de Waterloo, el destino,
menos cruel y más humano,
jamás habría permitido
que en Santa Elena llorase
decepcionado y cautivo.

Seis largas horas de ataque furibundo, no han podido amenguar en los realistas su bravura y poderío; antes bien, como si fueran de la batalla el principio, se nota por ambos lados igual arrogancia y brío.

Al acercarse la tarde con sus fulgores rojizos, incendiando el horizonte desmelenado y bravo, Galeana el impetuoso se abalanza decidido, al frente de su columna, sobre un reducto enemigo; en tanto por el Calvario los Bravos han ascendido, y con sus fuegos dominan el templo y el caserío; Avila en pos de Guerrero, de Ayala y de Valdovinos, realizan con sus espadas maravillas y prodigios; y tras ellos, los surianos con un arrojito inaudito, van sembrando la pavora, la derrota, el exterminio: y dominando aquel cuadro tan horroroso y sombrío, la figura se destaca del insurgente caudillo.

Los españoles previendo su fin nefasto, rendidos, vándose al templo a demandar la dulce paz, el abrigo de tan augusta mansión, de tan sagrado recinto.

El cura de aquel lugar, que era por cierto fiel tipo del realista furibundo, fanático, empedernido, tomó en sus manos impuras una hostia y pan bendito, y apostándose al umbral de la iglesia, allí maldijo, exorcizando iracundo, al espíritu maligno que inspirara las maldades de aquellos "hombres perdidos" rebelados contra el rey, contra España y contra Cristo.

Sabedor el gran Morelos de aquel descaro y cinismo, que a la religión quitara su pureza y su prestigio: dispuso con energía que el clérigo fementido se marchara a practicar, de modo más noble y digno, su verdadera misión de concordia y de cariño.

En seguida manda abrir las puertas, y los vencidos que llenaban todo el templo desde el altar a los nichos, deponen el armamento, é inclinándose sumisos como prisioneros quedan lamentando su destino.

V

LA ZONA CALIENTE.

I

Acababa de extender
la noche su manto frío
sobre la escarbada tierra
de aquellos tétricos sitios,
en que el genio de la muerte
se entronizara sombrío,
cuando el vencedor, dejando
débilmente guarnecido
el pueblo donde retara
los más tremendos peligros,
se internó por los zarzales
y los vergeles floridos
que llenan de encantos mil
el poético camino
que conduce á la ciudad
hermosa de Chilpancingo.

II

¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!
En tus montañas azules
y en tus bosques infinitos:
en los límpidos espejos
de tus lagos y tus ríos;
en el carmín de tus flores
y en tus paisajes bravíos:
en la inmaculada nieve
de tus picachos andinos:
en el cielo de tus noches,
y en el espléndido brillo
de tus risueñas auroras

tan puras como el armiño,
la mirada del viajero
encuentra doquier escrito
que Plutarco, en aureo libro,
puesto en parangón habría
con Alejandro y Filipo.

Y ese nombre lo repiten
tus brisas en sus gemidos,
tus aves enamoradas,
tus arroyos cristalinos;
tradúcese en el fragor
de tus volcanes altísimos,
en el terrible bramar,
en el ciclópeo rugido
de tus torvos huracanes
que azotándose en tus riscos
y salvajes serranías,
caminan enfurecidos
á revolver el cristal
de tus golfos de zafiro.

¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!
Es tu gloria y es tu orgullo
que en tus vergeles umbríos
y en tus espesas montañas
el viajero conmovido,
palpitantes ven surgir
las huellas y los vestigios
de aquel grande capitán,
heroico cual los antiguos,
que en Tixtla y en Acapulco,
en Cuautla y en Tenancingo
la soberbia pisoteara
y el orgullo desmedido
de los Páris y Callejas,
de los Bonavias y Armijos.
¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!